

# La tumba del monje

Cierta mañana de invierno un sacerdote llegó a un pueblo del interior de la provincia, donde no vivirían más de 700 paisanos. Un poblado, según le comentó el Obispo, muy religioso. Lamentablemente no había ningún sacerdote a pesar de tener una iglesia, la cual estaba en mal estado. Pero hoy día no cumplía la función de templo, sino que hacía las veces de club social, donde se reunían para tratar algunos temas de importancia para la comunidad. Incluso se hicieron unas fiestas, las pocas que hubo, para las cuales se la arreglaba con toda dedicación. El anterior párroco había fallecido, en un accidente, hacía 15 años y nunca se designó otro. Parece ser que a la Arquidiócesis no le interesaba poner uno.

Sin embargo el Padre Pablo fue muy bien recibido. Luego de recorrer el pueblo, cosa que no llevó más de 20 minutos, lo invitaron a almorzar en la Intendencia. Una vez allí le preguntaron el motivo de su visita, si bien el Intendente lo sabía, los lugareños estaban más que extrañados. El Obispo le encomendó investigar sobre una secta que estaba operando en la zona y la Arquidiócesis suponía que se había instalado en este pueblo, debido al abandono que se hizo de aquella iglesia hacía ya tiempo. Por ello se decidió iniciar una investigación, que para no despertar sospechas se la encargaron a un cura investigador. Esto el Intendente no lo comentó entre la gente, dado que tenía expreso pedido del Gobernador de no decir nada. Todavía ningún medio periodístico lo sabía y sería, sin duda, una noticia que afectaría al Gobierno Provincial. Se dijo en cambio que Pablo sería el nuevo párroco y que vino, en principio, a dirigir la restauración del templo. Esto llenó de alegría a todos, dado que para asistir a misa había que recorrer más de 50 km. Todos los domingos los feligreses viajaban a otro poblado donde tenían una capilla con servicios de misa.

Luego de una semana de infructuosa investigación y mucho trabajo de albañilería, no aparecía ningún indicio de la secta. Mientras Pablo estaba descansando se acercó para charlar por primera vez, Armando. Un débil mental ya mayor y sin familia, muy querido en el pueblo y además “inofensivo” según palabras del Intendente. Al ser tan tímido se detuvo a estudiar al Padre durante varios días; por eso tardó tanto en entablar un vínculo con Pablo. Una vez que lo establecieron, ambos solían charlar largamente. En alguna de sus conversaciones Armando mencionaba una sepultura, a la que llamaba “La tumba del monje”. Esta información no se la había dado nadie, tampoco había visitado tal tumba; seguramente en un pueblo tan pequeño algo así sería una “atracción”, pensaba Pablo. Cuando le preguntó a la gente sobre el tema, le dijeron que Armando solía decir cosas raras y que a veces tenía delirios místicos, tal vez por eso hablaba de un monje y su tumba. Pero sin lugar a duda, allí no existía tal tumba. Sin embargo el religioso decidió averiguar de que se trataba.

Pablo le dijo un día a Armando si lo llevaba a “La tumba del monje”. Éste le contestó que sí, pero que recién en unos días podrían ir porque primero “tenía que prepararla”. Entonces Pablo pensó que tal vez el arreglo de la tumba tuviera algo que ver con la secta, lo que aumento su curiosidad. Pero a pesar de la insistencia del cura, Armando le dijo: “Cuando se pueda ir le aviso”.

Durante unos días Armando estuvo desaparecido. Cuando preguntaba a los vecinos por él todos le decían lo mismo: “Armando es así. A veces se va y por unos día no sabemos nada de él”. A los tres días Armando se acerca a la iglesia y le avisa que ya podían ir. A eso de las cinco de la tarde emprendieron el camino dirigiéndose al Sur, por donde no había chacras, solamente un monte y pasándolo un bañado. Luego seguían tierras abandonadas, que estuvieron inundadas mucho tiempo y ahora no servían para cultivar ni pastorear. Luego de dos horas de duro recorrido en silencio, llegaron a una colina de espeso follaje. Dificultosamente la subieron y cerca de la cima se detuvieron en un

lugar oscuro, no sólo por lo enmarañado de la vegetación, sino porque además se estaba ocultando el sol. Entonces Pablo intrigado, le pregunta:

- Armando ¿Cuál es “La tumba del monje”?
- Es esa —contesta señalando una desprolija fosa vacía.
- Pero... allí no hay ningún monje?
- Por ahora.
- ¿Cómo por ahora?
- Y claro, si el monje no murió.
- No entiendo, ¿cómo que el monje no murió?
- El monje va a morir ahora...

En ese instante, Armando le da al sacerdote un duro golpe en la cabeza con una gruesa rama recogida en el camino. El Padre Pablo cae al piso sin resistencia ni sentido, tal vez muerto. Armando lo arrastra y lo tira en la fosa. Con sus manos lo fue enterrando poco a poco. Una vez finalizada la macabra obra, Armando se fue murmurando “Ya está. La tumba del monje, ya está” .

D.P.